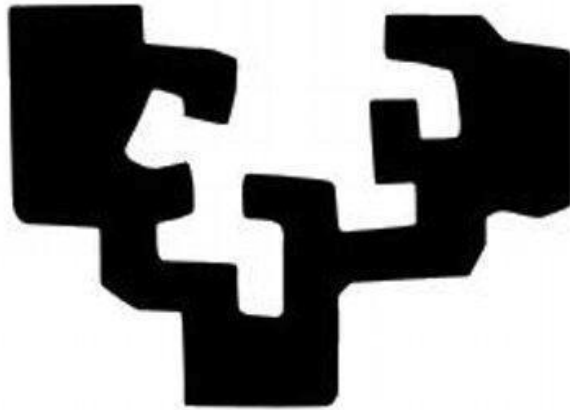


**UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO /
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA**

FACULTAD DE LETRAS

DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA

eman ta zabal zazu



TRABAJO FIN DE GRADO

**LA REPÚBLICA DE WEIMAR (1918-1933):
DE LA ILUSIÓN AL DESENCANTO**

GORKA OTXOA IBARRA

**DIRECTOR: JOSÉ MARÍA ORTIZ DE ORRUÑO LEGARDA
TRABAJO FIN DE GRADO EN HISTORIA CONTEMPORÁNEA.**

CURSO 2019-2020

Índice

1. Introducción.....	5
2. Los turbulentos orígenes de la República de Weimar (1918-1933).....	7
2.1. De Berlín a Weimar: Un proceso de ida y vuelta	7
2.2. Las oposiciones antirepublicanas.....	13
2.3 Un nuevo desafío: La hiperinflación	14
3. Una estabilidad aparente (1924-1929).....	17
3.1 Gustav Stresemann y la política de compromisos	17
4. Hacia la crisis final (1930-1933)	20
4.1 La magnitud de la crisis económica y financiera.....	20
4.2. Ocaso y hundimiento de Weimar (1929-1933).....	21
5. Conclusiones.....	24
6. Bibliografía.....	26

Resumen:

Este trabajo se propone analizar las claves de la República de Weimar (1918-1933), el sistema político y social surgido en Alemania tras su derrota en la Primera Guerra Mundial. A pesar de sus orígenes turbulentos, la nueva república se podría haber convertido en un referente europeo por la voluntad democrática y el contenido social que inspiró su constitución. Pero no fue así. La presión de los vencedores por cobrarse las deudas de guerra y la falta de consensos básicos entre los propios alemanes acabaron frustrando un experimento social y político tan prometedor. Con ayuda de la bibliografía especializada se explicarán los aspectos políticos, económicos y socioculturales que condujeron a esa gran decepción. Quizá la explicación última del fracaso de experiencia histórica resida en que Weimar, como irónicamente se ha dicho más de una vez, fue una *república sin republicanos*.

Palabras clave: Alemania, República de Weimar, historia política y social

Laburpena:

Lan honek Weimarko errepublikaren(1918-1933) gakoak aztertzea proposatzen du, hau da, Lehen Mundu Gerran galdu ondoren Alemanian sortu zen sistema politiko eta soziala. Jatorri nahasia izan arren, errepublika berria Europako erreferente bilaka zitekeen, bere eraketa eragin zuen borondate demokratikoagatik eta eduki sozialagatik. Baina ez zen horrela izan. Gerra zorrek kobratzeko garaileen presioak eta alemaniarren beraien arteko oinarrizko adostasun faltak hain etorkizun oparoa zuen esperimentu sozial eta politikoa zapuztu zuten. Bibliografia espezializatuaren laguntzaz, etsipen handi horretara eraman zuten alderdi politikoak, ekonomikoak eta soziokulturalak azalduko dira. Agian, esperientzia historikoaren porrotaren azken azalpena, Weimar, ironikoki behin baino gehiagotan esan den bezala, errepublikarrik gabeko errepublika izan zela.

Gako-hitzak: Alemania, Weimarko Errepublika, historia social eta politikoa

Abstract:

This work aims to analyse the keys to the Weimar Republic (1918-1933), the political and social system that emerged in Germany after its defeat in the Great War. Despite its turbulent origins, the new republic could have become a European point of reference because of the democratic spirit and social content that inspired its constitution. But this was not the case. The pressure of the winners to collect their war debts and the lack of basic consensus among the Germans themselves ended up frustrating such a

promising social and political experiment. The political, economic and socio-cultural aspects that led to this great disappointment will be explained with the help of the specialized bibliography. Perhaps the ultimate explanation for the failure of the historical experience lies in the fact that Weimar, as has ironically been said more than once, was a republic without republicans.

Keywords: Germany, Weimar Republic, political and social history

1. Introducción

Weimar fue Berlín, Berlín fue Weimar (Weitz, 2019, p. 33). Esta frase refleja lo que fue y lo que quedó de la República de Weimar (1918-1933), el primer intento democrático alemán que tuvo una duración tan breve como agitada. En este trabajo analizaremos el origen, el desarrollo y el brusco final de ese régimen político surgido tras la derrota de Alemania en la Gran Guerra. Lo haremos con ayuda de la bibliografía especializada disponible, que ha conocido una importante renovación coincidiendo con el centenario de su nacimiento.

República de Weimar es un término acuñado por la historiografía a posteriori porque a pesar del exilio del káiser y de la quiebra de la monarquía se mantuvo el antiguo nombre oficial del país: *Deutsches Reich* (Imperio Alemán).

Se eligió este nombre en honor de la pequeña ciudad donde se celebró el debate constituyente de la futura república democrática, federal y con fuerte contenido social. El lugar lo eligieron los diputados de la Asamblea Nacional nombrados en las elecciones celebradas en enero de 1919. Ante la posibilidad de nuevos enfrentamientos en Berlín, escenario reciente de la refriega entre espartaquistas y freikorps, los diputados electos pensaron que los debates serían más serenos y desapasionados en la patria de Goethe y Schiller. Solo cuando las cosas se calmaron, el Reichstag y el Gobierno volvieron a su sede natural en Berlín.

La nueva República tuvo que lidiar en sus comienzos con poderosos enemigos externos e internos: las gravosas imposiciones del tratado de Versalles y la presión ejercida por los vencedores de la guerra, el peso del militarismo y la tradición autoritaria alemana, la aparición de fuerzas antisistema tanto por la extrema izquierda como por la extrema derecha y la consiguiente sucesión de revueltas, putsch, intentos de secesión y amagos de golpes de estado; por no hablar de la ocupación militar de algunas regiones fronterizas, la inestabilidad económica o la hiperinflación. Y, a pesar de todo, la joven república fue capaz de resistir estos embates durante quince años, de 1918 a 1933.

Para conocer a fondo las dinámicas políticas, económicas y socio-culturales más importantes de la República de Weimar he recurrido a las fuentes bibliográficas. He utilizado una docena larga de referencias, que van anotadas al final del trabajo. Pero quisiera mencionar ahora las que me han resultado de mayor utilidad. En primer lugar el libro de Eric Weitz, titulado *La Alemania de Weimar: Presagio y Tragedia*. Es una obra fundamental para entender este periodo de la historia germana pues, además de tocar múltiples aspectos, está perfectamente estructurado cronológica y temáticamente. No

solo ofrece una visión global del periodo; también aporta abundantes testimonios de escritores, intelectuales y personajes importantes de la época. Otro libro utilizado, sobre todo para cuestiones más relacionadas con la ideología y el pensamiento político, ha sido *Nación y Nacionalismo en Alemania*, de Joaquín Abellán.

Para conocer la gestación, el contenido y las limitaciones de la constitución promulgada en 1919 he consultado dos artículos de revista, publicados por Reinhard Rürur (*Ayer*, 5, 1992) y Juan David Restrepo Zapata (*Estudios Internacionales*, 50, 2018), respectivamente. No quisiera cerrar este apartado sin reconocer también la deuda contraída con Richard Evans por su trilogía dedicada a la Alemania nazi, y más concretamente por su primer tomo — *La llegada del Tercer Reich*,— donde explica con detalle la quiebra de la República de Weimar y el ascenso de Hitler.

2. Los turbulentos orígenes de la República de Weimar (1918-1923)

La Gran Guerra Europea (1914-1918) no solo segó las vidas de millones de civiles y militares, sino que fue un conflicto bélico que acabó por hundir los grandes imperios europeos (ruso, alemán, austrohúngaro y otomano). La confrontación concluyó con un armisticio en el cual los vencedores dieron la impresión de no querer la paz, sino la venganza y la humillación de los vencidos («una paz cartaginesa», como la denominó John M. Keynes). Sobre todo en el caso de Alemania, a la que consideraron la principal culpable del inicio de la guerra y a la que impusieron unas sanciones económicas arbitrarias que, sumadas a sus problemas políticos y económicos internos, supusieron una pesadísima carga.

2.1. De Berlín a Weimar: Un proceso de ida y vuelta

El 3 de octubre de 1918, el káiser, quiso rectificar el negativo rumbo que estaba tomando la guerra y afrontar los problemas internos del país nombrando canciller al príncipe Max von Baden. Le encargó formar gobierno con los partidos mayoritarios del Reichstag, incluido el SPD (Partido Socialdemócrata Alemán), que era el más numeroso y estaba presidido por Friedrich Ebert. Días más tarde, el 29, se produjo el motín en la base naval de Kiel. El Alto Mando quería lanzar una última ofensiva para expulsar a los británicos del mar del Norte y los marineros, cansados ya de la guerra, se negaron a obedecer. La revuelta se extendió rápidamente por cuarteles y fábricas, provocando multitud de manifestaciones por todo el país prendiendo así la llama de la revolución.

En medio de una situación cada vez más caótica, el 9 de noviembre abdicó Guillermo II y Max von Baden invistió precipitadamente como canciller a Ebert. Ese mismo día su compañero Philipp Scheidemann proclamó la “República Alemana” desde el edificio del Reich. Casi simultáneamente y no muy lejos de allí, en el palacio imperial de Berlín, también se proclamó una “República Socialista Libre”. Lo hizo Karl Liebknecht, dirigente de los espartaquistas, formación de inspiración comunista que contaba con el apoyo de los socialdemócratas más radicales agrupados en torno al USPD (Partido Independiente Socialdemócrata de Alemania). Al día siguiente se formó un Consejo de Diputados del Pueblo para gestionar la transición desde la monarquía imperial a la nueva república aún por definir. Estaba formado por seis vocales, tres del SPD y otros tres del USPD, su fracción rival. La llamada *revolución de noviembre* ya estaba en marcha (Fulbrook, 2009, pp 179-181).

Confirmada por el comité de trabajadores y soldados de Berlín, aunque no por la Liga Espartaquista, la coalición gubernamental estuvo sometida a grandes presiones internas desde el momento mismo de su formación. Los socialdemócratas liderados por Ebert deseaban una transición tranquila y ordenada hacia una república democrática y parlamentaria; reformista sí, pero aceptable para las clases medias y respetuosa con la propiedad privada. Mucho más radicales, sus socios de gobierno apostaban por una república de corte socialista. Diferencias ideológicas al margen, el Consejo de Diputados del Pueblo tuvo que afrontar retos formidables: la firma del armisticio, la desmovilización de ocho millones de soldados, la ampliación de los derechos sociales y políticos suspendidos durante el estado de guerra, la reactivación económica, el abastecimiento de la población, y la convocatoria de unas elecciones constituyentes.

Exigida por Ebert a pesar de las reticencias de sus socios, la firma del armisticio que puso fin a la contienda el 11 de noviembre desató las primeras tensiones dentro de la coalición gubernamental. La gota que colmó el vaso llegó pocas semanas después, cuando Ebert solicitó al comandante general Wilhelm Groener la colaboración del Ejército. Los vocales del USPD consideraron inaceptable la tutela militar del poder civil. Denunciaron el pacto Ebert-Groener como una traición a la clase trabajadora y, en señal de protesta, abandonaron el Consejo de Diputados del Pueblo el 29 de bre¹(Fulbrook, 2009, p.181).

Los meses transcurridos entre la dimisión del káiser (9 de noviembre de 1918) y las elecciones constituyentes (19 de enero de 1919) resultaron especialmente caóticos. Mientras Ebert se encontraba aislado y sin demasiados apoyos en Berlín, por toda Alemania surgieron comités de obreros y soldados al estilo bolchevique que hacían llamamientos a la revolución. Ni el reconocimiento de su Gobierno por parte de los aliados, ni sus propios llamamientos en favor de la paz y la reconciliación bastaron para restablecer el orden y consolidar su autoridad.

A mediados de diciembre, el Congreso General de Obreros y Soldados se reunió en Berlín para debatir el futuro de la revolución alemana. Max Cohen, compañero de partido de Ebert, fue el encargado de explicar la posición del Gobierno. Prometió a los congregados democracia y socialismo, pero también les advirtió de la imprescindible

¹ El Consejo de los Diputados del Pueblo fue constituido el 10 de noviembre de 1918, un día después de la dimisión del káiser y la proclamarse la República. El 29 de diciembre dimitieron los tres representantes del USPD, reemplazados inmediatamente por militantes del SPD. El Consejo se disolvió definitivamente el 11 de febrero de 1919 para dar paso a un gobierno más convencional. Ese día Philipp Scheidemann, hasta entonces vocal del Consejo fue nombrado canciller por Ebert, el cual a su vez acababa de ser designado presidente provisional de la República por la asamblea constituyente reunida en Weimar.

necesidad de orden, productividad y disciplina para evitar el caos. El representante gubernamental consiguió convencer a la mayoría de los delegados allí reunidos para que respaldaran la convocatoria de una asamblea nacional constituyente (Weitz, 2019, p. 25).

Fue un éxito parcial del Gobierno que, sin embargo, no consiguió evitar el levantamiento espartaquista que ya estaba en marcha. Entre el 5 y el 12 de enero, los trabajadores más radicales de Berlín vinculados al movimiento comunista protagonizaron una rebelión armada con el fin de establecer un régimen bolchevique. Pero el intento fue aplastado de forma sangrienta por los *Freikorps* —bandas paramilitares formadas por antiguos soldados de ideología ultraderechista— con el respaldo de los mandos militares y la connivencia del Gobierno. En la refriega, la primera de una serie de revueltas armadas de uno y otro signo que acabarían empañando la vida pública de la época, murieron asesinados los dirigentes comunistas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo (Weitz, 2019, p. 26).

La rebelión espartaquista incrementó la desconfianza del Gobierno hacia la extrema izquierda y facilitó su entendimiento con las fuerzas armadas y con las formaciones políticas más centristas, cuyo apoyo resultaba necesario para desarrollar con normalidad las elecciones generales convocadas para el domingo 19 de enero de 1919. Como en ellas iban a votar por primera vez las mujeres, los partidos políticos crearon secciones y mensajes específicos para obtener su apoyo. El SPD fue el más votado, aunque no consiguió la anhelada mayoría absoluta. Por eso no tuvo más remedio que buscar una mayoría de centro izquierda con el apoyo del Partido Demócrata Alemán (DDP), de ideas avanzadas y firmes convicciones democráticas, y del Partido del Centro Católico o *Zentrum*, formación interclasista de corte liberal vinculada al catolicismo renano. Sobre estas tres formaciones políticas pivotó la llamada Coalición de Weimar.

En su discurso de apertura de la Asamblea Nacional, que tuvo lugar el 6 de febrero, Ebert insistió en la necesidad de mantener el orden, la disciplina y el trabajo duro. Exculpó al Gobierno de los males que aquejaban al país y los achacó a la antigua clase dirigente —olvidando que el SPD también había respaldado los créditos de guerra— y a la actitud revanchista de los aliados (Weitz, 2019, pp. 26-27). Sea como fuere, dos eran los retos más importantes para los parlamentarios reunidos en la ciudad de Weimar: redactar una constitución que sentara las bases jurídicas e institucionales de la República y negociar los tratados de paz.

Como hemos señalado anteriormente, Alemania se vio obligada a firmar el armisticio más por agotamiento y por su propia descomposición interna que por una derrota militar. Como señala Abellán:

El día del armisticio no había ni un centímetro de suelo alemán ocupado por las tropas aliadas, mientras que las tropas alemanas ocupaban todavía algo de suelo francés, unos cuatro quintos de Bélgica y grandes extensiones en el este de Europa. Por otro lado, la población civil no había experimentado la derrota; sólo había conocido los motines de soldados organizados por la extrema izquierda (Abellán, 2019, p. 152).

Esta circunstancia supuso que el orgullo del nacionalismo belicista alemán se sintiera profundamente herido, una percepción que se vio agravada con la firma de un Tratado de Versalles que fue especialmente humillante para Alemania en la medida de que:

1. Le obligaba a ceder importantes espacios geográficos tanto por extensión como por valor simbólico, como Alsacia y Lorena, las ciudades del Báltico (Danzig y Memel) y el imperio colonial africano.
2. Comprendía su desmilitarización, algo que afectó sobremanera a los oficiales educados en la tradición militar prusiana.
3. Establecía unas indemnizaciones de guerra exorbitantes, que lastraron grave y permanentemente las finanzas germanas.
4. Además, Alemania quedó excluida de la Sociedad de Naciones (SDN) y convertida en un país de “segundo orden” en el sistema internacional.

Por si fuera poco, el artículo 231 le imputaba expresamente haber provocado la Gran Guerra: “Los gobiernos aliados y asociados afirman, y Alemania acepta, la responsabilidad de Alemania y sus aliados por haber causado todos los daños y pérdidas a los cuales los gobiernos aliados y asociados se han visto sometidos como consecuencia de la guerra impuesta a ellos por la agresión de Alemania y sus aliados” (Citado por Cruset, 2009, p. 2).

Sobre esta declaración tan explícita de culpabilidad los aliados pretendían justificar las enormes indemnizaciones exigidas. De nada sirvieron las protestas de la delegación alemana presente en Versalles.

Cuando por fin se hicieron públicas las cláusulas del tratado, la opinión pública quedó desconcertada.

El partido *Zentrum*, el socialdemócrata SPD y parte del partido democrático DDP estaban a favor de la firma del tratado. También estaba a favor el presidente de la República, Friedrich Ebert, aunque esta cuestión produjo una crisis de gobierno, al renunciar el jefe del gobierno, el socialista Scheidemann, por no estar dispuesto a aceptar el tratado (Abellán, 2019, p. 153).

La Asamblea Constituyente surgida de las elecciones de enero votó el texto ocho días después de que fuera presentado, y lo aprobó por 237 votos contra 138. Esta decisión dividió aún más a la sociedad alemana, que se sentía agraviado e injustamente tratada por la exigencia de unas indemnizaciones excesivas. De hecho, es significativo que «uno de los objetivos de todos los gobiernos alemanes de los años veinte y treinta fue impedir que se cumplieran y procurar su revisión». (Abellán, 2019, p. 156). El paso de la monarquía imperial a la república parlamentaria resultó, por tanto, enormemente traumático. Las implicaciones económicas del Tratado de Versalles —tan injusto para el economista británico John Maynard Keynes, que lo tachó de «paz cartaginesa»— generó un enorme resentimiento entre la población contra el nuevo régimen.

Poco después, la Asamblea Constituyente aprobó también la Carta Magna. Tal como indica Rürup (1992, p. 126), de esa forma, se terminó con la transitoriedad y se estableció el «nuevo Estado Alemán como república democrática». Las características jurídico-políticas del nuevo régimen pueden condensarse así:

Esta fue una constitución democrática avanzada. A la cabeza se puso un presidente con fuerte poder que duraba siete años y podía disolver al Parlamento, lo que recuerda las atribuciones del antiguo emperador y las limitaciones del parlamentarismo bismarckiano. El Parlamento estaba constituido por una cámara electiva, el Reichstag, y otra territorial, el Reichsrat. El canciller, nombrado por el presidente, asumía el poder ejecutivo. La nueva Constitución consagraba el sufragio proporcional (y la consiguiente fragmentación de las cámaras), los poderes de emergencia de los que disponía el presidente y el recurso al plebiscito: por una parte, la posibilidad para el presidente de someter un texto legislativo al pueblo, en caso de desacuerdo con el Reichstag; por otra parte, la posibilidad para 1/10 de los electores de formular un proyecto de ley para someterlo al pueblo, o la facultad de diferir la promul-

gación de una ley si 1/3 del Reichstag y 1/20 de electores lo pidiesen (Cru-set, 2009, p. 3).

Era un texto que consagraba un sistema bicameral, dotaba de amplios poderes al jefe del Estado y también procuraba contentar a las partes más conservadoras de la misma coalición constitucional, sobre la que volveremos más adelante. Por otro lado, el sistema electoral era de representación proporcional, si bien a lo largo de los quince años de la República ningún partido consiguió nunca la mayoría absoluta para gobernar, por lo que se tuvieron que llevar a cabo coaliciones de gobierno.

No faltaron artículos constitucionales algo polémicos, pues podían alentar una deriva autoritaria al conferir poderes excepcionales al presidente de la República. El artículo 53 le permitía destituir libremente a los ministros. También podía disolver el Parlamento y convocar nuevas elecciones por el artículo 25. Sin embargo, el más polémico de todos era el artículo 48. En casos de emergencia autorizaba al presidente de la República a legislar por decreto prescindiendo del Parlamento, confiar el orden público a las fuerzas armadas y obligar a los estados federales a acatar las disposiciones del Gobierno. La República de Weimar solamente tuvo dos presidentes: Friedrich Ebert (1919-1925) y Paul von Hindenburg (1925-1934). Ebert hizo uso del artículo 48 en 136 ocasiones y Hindenburg, a partir de 1930, lo utilizó continuamente, siendo este uno de los factores que contribuyeron a la caída del proyecto republicano de Weimar (Tampke, 2019, p.198).

Por otro lado, la constitución de la República de Weimar era socialmente avanzada en el contexto europeo de la época. Reconocía el derecho al voto femenino, la igualdad entre sexos y ciertos derechos sociales relacionados en materia educativa, sanitaria y laboral que buscaban mejorar las condiciones de vida de las clases populares (López, 2010, p. 234). Así, «la combinación que se expresó en esta Constitución podría representar una cohabitación de formas de gobierno que rescatan las particularidades de la monarquía, la aristocracia y la democracia» (Restrepo, 2018). Esa combinación de los elementos conservadores y progresistas facilitó el entendimiento entre los partidos de la «coalición de Weimar». Tenía un carácter interclasista y estaba formada por los católicos del *Zentrum*, los liberales del Partido Demócrata Alemán o DDP y los socialdemócratas del SPD. Esta coalición interclasista ocupaba el centro-izquierda del espectro político en las elecciones constituyentes de 1919 obtuvo el respaldo del 78 % del electo-

rado (Restrepo, 2018). No obstante, aquel conglomerado tenía también importantes contrincantes políticos.

2.2. Las oposiciones antirepublicanas

La deriva moderada del SPD y el estímulo proporcionado por la revolución bolchevique facilitaron la escisión de la izquierda y la formación del PDK (Partido Comunista Alemán), que llegó a tener 350 000 afiliados (Gaido, 2015). En enero de 1919, los comunistas pusieron en marcha una revuelta que no tardó en ser sofocada, pero que inauguró un ciclo de hostilidad violenta contra el régimen que duró hasta 1923:

El alemán cuadrículado, tantas veces objeto de sátiras y estereotipos, había dejado de serlo para convertirse en un ciudadano ingobernable. [...] Se escribían y leían proclamas, se tomaron al asalto las imprentas y se obligaba a los impresores a componer las declaraciones revolucionarias. A lo largo de aquel invierno, las reivindicaciones se hicieron cada vez más radicales. Los obreros reclamaban la socialización de la industria; los soldados querían que sus comités se integrasen en el mando militar y que se aboliesen los galones de rango. Había quien abogaba por la instauración de milicias ciudadanas en sustitución de las fuerzas militares (Weitz, 2009, p. 21).

En la represión de aquel intento insurreccional, además de la policía y el ejército, participó un cuerpo paramilitar denominado *Freikorps*. Estaba formado por veteranos de la I Guerra Mundial y dirigido por antiguos oficiales de ideología ultranacionalista y anticomunista. En marzo de 1920, las *Freikorps* intentaron derrocar el sistema parlamentario en un episodio conocido como «golpe de Kapp». Esta vez tuvieron enfrente a unos sindicatos que declararon la huelga general y a un Partido Comunista que intentó implantar la dictadura del proletariado en el valle del Ruhr. Con la ayuda del ejército, el Gobierno consiguió sofocar el golpe y restablecer el orden aunque a costa de cientos de víctimas.

Dos años después, en noviembre de 1923, la extrema derecha intentó nuevamente hacerse con el poder. Conocido como *putsch* de la cervecería, esta vez el acto de fuerza tuvo lugar en Múnich. Lo llevó a cabo el Partido Nacionalsozialista Obrero Alemán (NSDAP) y sus líderes —Adolf Hitler y Rudolf Hess, entre otros— acabaron en la cárcel. El partido nazi, sobre el que volveremos más adelante, había nacido de las mismas

Freikorps. Ese mismo año, el KPD también alentó una nueva sublevación armada (Evans, 2003, p. 120).

Esta sucesión de sublevaciones armadas y actos de fuerza ponen de manifiesto que la primera etapa de la República de Weimar (1919-1924) estuvo clarísimamente marcada por la inestabilidad política provocada por la extrema derecha y la extrema izquierda. Aunque el Gobierno reprimió sin contemplaciones los movimientos insurreccionales, el comportamiento de la Justicia no fue el mismo para unos y otros. Es posible que el trato mucho más benévolo que recibieron los agitadores de extrema derecha tenga que ver con que no fue depurada la vieja magistratura de la época imperial. Esa diferencia de trato resulta evidente al comparar las ejecuciones sumarias de los revolucionarios del Ruhr con la simple destitución de los gobiernos regionales de Sajonia y Turingia por «amenazar al orden público» (Evans, 2003, p. 107).

Lo mismo cabría decir del ejército. Si en 1918 acató la República a cambio reprimir sin contemplaciones cualquier tentativa revolucionaria de la extrema izquierda, su implicación en el *putsch* de Kapp manifestó claramente sus preferencias ideológicas.

2.3 Un nuevo desafío: La hiperinflación

Junto a la inestabilidad política y el descontento social, los factores económicos fueron parte fundamental de las enormes dificultades por las que pasó la República durante su primera época. En las páginas siguientes abordaremos brevemente cuáles fueron las causas, condiciones y consecuencias de este agudo desequilibrio económico que, con excepción de los denominados «años dorados» (1927-1928), marcaron y definieron al régimen alemán durante más de una década.

La creciente inflación en la Alemania de postguerra estuvo provocada por diversos factores. El primero y más evidente deriva de la deuda contraída por el Gobierno durante la guerra colocada en forma de bonos a sus propios ciudadanos para financiar la contienda. Los ahorradores los adquirieron con la esperanza de recuperar su dinero, junto con los intereses prometidos, tras alcanzar la victoria. Por otra parte estaban las enormes compensaciones de guerra impuesta por el Tratado de Versalles y fijada en 132.000 millones de marcos. La combinación de ambos factores acabó depreciando el valor del marco, restringiendo el consumo, agudizando la escasez de productos básicos y debilitando el sector industrial.

A la dificultad de normalizar la economía desde una deuda tan enorme, se sumaba indignación moral que provocaban las indemnizaciones de guerra.

Como ha afirmado el historiador de economía Theo Balderston, este era «un impuesto detraído a los ciudadanos alemanes por su propio Gobierno, que actuaba, en este caso, como recaudador en nombre de los aliados» (Weitz, 2009, p. 108). Las fuerzas extremistas utilizaron esa indignación para socavar la legitimidad de la República de Weimar.

El proceso inflacionario fue en aumento desde 1918, hasta alcanzar su máximo apogeo en 1923. Al principio, la inflación fue percibida como un síntoma de la recuperación económica. A partir de 1919, los soldados se incorporaron más o menos rápidamente al sistema productivo, aumentaron las exportaciones y por todo el país proliferaron restaurantes y clubes nocturnos. En 1921 el Gobierno alentó la subida salarial solicitada por los trabajadores emitiendo miles de billetes carentes de respaldo en oro. A pesar del aumento de la especulación y el incremento de la depreciación del marco a nivel internacional, el *Reichsbank* (el banco central de Alemania entre 1876-1945) continuó emitiendo billetes en un intento desesperado de mantener el equilibrio económico y político. En 1922 la inflación mutó a hiperinflación y un dólar valía ya 3.180 marcos. La recuperación económica había mutado en crisis, cuyos síntomas más evidentes en el plano productivo eran la disminución abismal de las exportaciones y el retraimiento de la labor empresarial, y en el social el desempleo creciente y las colas de reparto de comida gratuita.

Según Weitz (2009, p. 109), las causas fundamentales de la hiperinflación fueron «la espiral de salarios, la especulación, la pérdida de confianza en la divisa y el Gobierno alemán a causa de la presión de los aliados». Especialmente tras el «Ultimátum de Londres» de 1921, en el cual se advertía a Alemania de las consecuencias negativas que tendría el retraso en los pagos y el incumplimiento de lo acordado en Versalles. Esa ‘presión’ se acabaría traduciendo dos años después en la ocupación por las tropas francesas y belgas de la cuenca minera del Ruhr. Los gobiernos de ambos países achacaban los retrasos más a una estrategia para no pagar que a la imposibilidad de hacerlo. Esa actitud, cuestionada entonces por los delegados británicos y estadounidenses, también ha sido criticada por historiadores actuales².

² «A los franceses y a los belgas no les importaban tan enrevesadas explicaciones: solo querían cobrar», sostiene Weitz (2009, p. 98) con un evidente tono crítico.

El 11 de enero de 1923 las tropas francesas y belgas ocuparon la zona del Ruhr, actual región de Renania del Norte-Westfalia, fronteriza con Francia. Era la zona de mayor actividad industrial en el país germánico. En respuesta, el Gobierno decretó una «resistencia pasiva» y alentó a todos los obreros y funcionarios a no trabajar mientras durase la intervención. Como era de esperar, esta medida no hizo más que agudizar la crisis económica. El Gobierno adoptó medidas de compensación para los trabajadores y las empresas paralizadas, ofreciendo créditos carentes de respaldo monetario, lo que a la postre incrementaría aún más la inflación.

Esta crisis alcanzó su punto máximo en el verano de 1923, cuando el país se vio sumido en robos, bandidaje y huelgas masivas debido a la brutal inflación que hacía que un dólar equivaliese a 4.200 billones de marcos. Para comprar una sola barra de pan, se requerían miles de billetes. El brutal empobrecimiento de una parte considerable de la población deterioró las condiciones de salud pública (aumentó la mortalidad infantil, descendió la esperanza de vida y hubo epidemias sanitarias) y agravó la división social. La clase media urbana, que durante mucho tiempo había permanecido fija y había ocupado una posición central en Alemania, prácticamente desapareció. Sus principales representantes, los intelectuales y comerciantes, se vieron abocados a la más completa precariedad. Muchos académicos vendieron sus bibliotecas para poder comer, los estudiantes se lanzaron a realizar trabajos manuales y las antiguas damas burguesas convertían sus elegantes camisonos de dormir en blusas para poder salir a la calle.

Aunque en las ciudades corría el rumor de que los agricultores acaparaban productos para revenderlos a un precio mayor, la situación en el campo no era mejor. Muchos extranjeros residentes cerca de las fronteras alemanas se dedicaron a comprar productos y materiales que pagaban con sus monedas a precios irrisorios en territorio germánico. El odio, la inquina y la envidia hacia quienes se consideraban más «afortunados» (ya fueran campesinos, comerciantes o los foráneos) se convirtió en una práctica nacional. Como afirma Fergusson (2012, p. 23):

En última instancia propició las condiciones para que los extremistas de uno u otro lado lanzaran a la multitud contra el Estado, enfrentando clase contra clase, raza contra raza, familia contra familia, marido contra mujer, industria contra industria y al campo contra la ciudad.

En esa ecuación, el extranjero se convirtió en el gran foco de todas las antipatías. Tal como sostiene Weitz (2009, p. 101), la imagen del extranjero, «mezcla de eslavo y

judío, que medraba gracias a la especulación y sumía a los alemanes en la miseria», se convirtió en un medio para desviar las penurias personales y los resentimientos.

3. Una estabilidad aparente (1924-1929)

3.1 Gustav Stresemann y la política de compromisos

Después de tanto sobresalto, solo a partir 1924 se produjo una relativa estabilidad económica y un acercamiento a Francia, lo que propició la entrada de Alemania en la Sociedad de Naciones. Ese giro estratégico estuvo propiciado en buena medida por Gustav Stresemann (1878-1929), fundador y líder del Partido Popular Alemán (DVP). Hiperactivo, culto, pragmático y cercano a los círculos empresariales, este hijo de un modesto cervecero jugó un papel relevante en los desafíos que tenía planteados Alemania cuando en agosto de 1923 fue nombrado canciller. Tres eran los problemas más acuciantes: la hiperinflación, la ocupación militar del Ruhr y los movimientos independentistas de diversos *lander* auspiciados por la ‘alianza marxista’ de socialdemócratas y comunistas.

Stresemann formó una ‘gran coalición’ con diversos partidos que iban desde el centro derecha hasta los socialdemócratas del SPD. El 26 de septiembre anunció el fin de la resistencia pasiva contra la ocupación del Ruhr y la proclamación del estado de emergencia, firmado por el presidente de la República en aplicación del artículo 48 de la constitución, que duraría hasta febrero de 1924. El canciller utilizó los poderes extraordinarios que le confería ese decreto para disolver y reemplazar a los gobiernos regionales de Sajonia y Turingia, lo que a su vez propició la salida de los socialdemócratas del gobierno federal en señal de protesta. Stresemann consiguió también que los soldados franceses y belgas abandonaran el territorio alemán a cambio de prometer seguir pagando las reparaciones de guerra impuestas por el tratado de Versalles. De esa forma, se reanudó la actividad económica en el corazón industrial de Alemania y se dio el primer paso para reducir la hiperinflación.

En el plano económico, se creó una nueva divisa —el *Rentenmark*— para facilitar la convertibilidad del marco antiguo. Se tomaron también otras medidas de gran dureza para reconducir la situación. Se incrementó la presión fiscal sobre la industrial al tiempo que cientos de funcionarios públicos fueron despedidos y quedaron sin empleo muchos trabajadores eventuales y mujeres casadas.

La jornada laboral se prolongó hasta las doce horas en las fábricas y ocho horas y media en las minas, de manera que se desvanecieron buena parte de los logros sociales conseguidos en años anteriores.

El abandono del gobierno federal por los socialdemócratas posibilitó la caída del gabinete presidido por Stresemann que, a comienzos de noviembre de 1923, dimitió tras perder la moción de confianza presentada ante el Reichstag. Pero su sucesor en la cancillería, Wilhelm Marx, del Zentrum, le mantuvo en el nuevo gobierno como ministro de Asuntos Exteriores. Fue el comienzo de una larga y exitosa carrera diplomática, pues Stresemann se mantuvo en el cargo hasta su muerte y colaboró con ocho gobiernos distintos, que iban del centro izquierda al centro derecha.

El 9 de abril de 1924 se implantó el Plan Dawes, acuerdo mediante el cual se garantizaban y agendaban los pagos de Alemania a los aliados. Las reuniones diplomáticas previas participaron representantes estadounidenses. El plan recibió el nombre de un banquero de esa nacionalidad, Charles G. Dawes, que presidió la comisión encargada de revisar los acuerdos adoptados en Versalles. En esencia, se trataba de establecer en Berlín un representante de las potencias aliadas para supervisar la evolución del presupuesto estatal y del *Reichsbank* en relación con los pagos de las indemnizaciones. A cambio, se formalizó la retirada de las tropas francesas y belgas de la región del Ruhr. En 1929 se reactualizó a través del Plan Young, que comentaremos más adelante.

El restablecimiento de la unidad territorial y la estabilización de la moneda estimularon las inversiones de capital extranjero, especialmente del estadounidense. La economía vivió una rápida recuperación y la industria se dotó de nuevos equipamientos y tecnologías, hasta el punto que en 1927 se alcanzaron los niveles productivos de preguerra. Incluso se consideró rebajar la jornada laboral y recuperar las prerrogativas sociales conquistadas en 1918-1919. Fueron los «años dorados». Aumentó el nivel de vida de gran parte de los alemanes, que se lanzaron al consumo de bienes materiales financiados muchas veces a crédito.

Las diferencias sociales se atenuaron porque las clases populares también tenían fácil acceso a productos alimenticios de calidad, ropas vistosas o entretenimiento. Surgió una nueva amplia clase media, formada por oficinistas, funcionarios, profesiones liberales, pequeños empresarios y trabajadores especializados. Superada la extrema precariedad experimentada en los años de postguerra, que había instaurado en la población una conciencia de su propia fragilidad, abocó ahora de forma un tanto alocada al «disfrute del presente».

La otra cara del esplendor consumista y la estabilización económica de estos años fue la «racionalización». Consistía en aplicar al proceso productivo un conjunto de métodos técnicos y psicológicos para aumentar la productividad reduciendo la mano de obra. Fue posible gracias a los adelantos tecnológicos y la importación de nuevos modos de gestión empresarial. Numerosos empresarios y políticos alemanes viajaron a Estados Unidos para conocer de primera mano las cadenas de montaje de las empresas de Henry Ford. Muchas instituciones se dedicaron a investigar cómo trasladarlas a la economía alemana. En lugar de cadenas de montaje, en las fábricas se instauraron principalmente nuevas formas de trabajo a destajo. Con frecuencia empeoraron las condiciones laborales de los trabajadores, en tanto que se reforzaba la capacidad de control de capataces y jefes de planta. A pesar de los reducidos jornales, el ritmo de trabajo era extenuante y frecuente los accidentes laborales. Uno de los colectivos más afectados por este giro productivo fue el de las mujeres trabajadoras, que en ocasiones solo recibían un tercio de lo que ganaban sus compañeros en ese mismo puesto.

Con su pragmatismo habitual, Stresemann también consiguió reducir las distancias políticas con Francia mediante la firma de los acuerdos de Locarno (Fernández, 2006, p. 572). Eran un total de siete tratados negociados y suscritos en esa ciudad suiza el 16 de octubre de 1925 por las legaciones diplomáticas de los principales países europeos con el fin de reforzar la paz alcanzada después de la I Guerra Mundial.

Para lo que aquí interesa, dos fueron los puntos principales: la aceptación alemana de su frontera occidental fijada en Versalles —que es tanto como decir la renuncia a Alsacia, Lorena y Malmedy— junto con la desmilitarización de Renania, territorio lindante también con Francia y Bélgica. En definitiva ‘el espíritu de Locarno’ destensó la política internacional y facilitó la reconciliación franco-alemana. Al año siguiente, los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países —Aristide Briand y Gustav Stresemann— recibieron conjuntamente el Premio Nóbel de la Paz y Alemania fue admitida con todos los honores en la Sociedad de Naciones.

Stresemann falleció de un ataque cerebral a los 51 años, el 3 de octubre de 1929. Con él moría no solo uno de los grandes defensores de la República de Weimar sino también de una Europa en paz, justo en el momento en que se estaba preparando la tormenta perfecta (Fuentes y La Parra, 2001, p. 141).

4. Hacia la crisis final (1930-1933)

4.1 La magnitud de la crisis económica y financiera

Como acabamos de ver, tras la aplicación del Plan Dawes la economía alemana superó la inflación galopante y vivió unos años de prosperidad. Pero al precio de aumentar su dependencia con respecto a la economía norteamericana. Por eso el desplome de la bolsa de Nueva York tuvo un impacto muy negativo en Alemania, que vio desaparecer las inversiones extranjeras, padeció el cierre de sus mercados y la consiguiente caída de las exportaciones, lo que a su vez provocó una parálisis industrial y una quiebra financiera.

Los bancos estadounidenses reclamaron a sus deudores alemanes el pago de los créditos que vencían a corto plazo a la vez que quedó interrumpido el flujo de préstamos. La falta de liquidez paralizó la economía y se produjo el desastre: las industrias quebraron, aumentó el número de desempleados, la demanda interna se desplomó y las finanzas públicas quedaron sin recursos. Por si fuera poco, al año siguiente (1930) debía entrar en vigor el Plan Young, que fijaba en 21.000 millones de *Reichmarks* el importe de las indemnizaciones de guerra que aún quedaban por pagar y establecía un plazo de 59 años.

Como había sucedido en 1923, los problemas económicos se trasladaron al ámbito político y se renovaron las discusiones sobre la viabilidad del sistema republicano. Contrario a rebajar la cobertura a los trabajadores parados pero incapaces de aumentar los impuestos, el gobierno del SPD se vio obligado a dimitir. El presidente Hindenburg encomendó entonces a Heinrich Brüning sacar a Alemania de la crisis. El nuevo canciller no tenía mucho margen de maniobra porque ni quería aumentar la deuda pública, ni los mercados financieros estaban dispuestos a prestar dinero, ni el *Reichsbank* podía imprimir billetes a destajo, como en el período 1919-1923.

Su respuesta estatal fue conservadora y convencional. Pensaba que para recuperar la producción industrial bastaría con recortar el gasto público, rebajar los costes laborales de las empresas y controlar los precios. Aunque se discutieron algunas medidas «keynesianas» para incentivar el empleo, éstas fueron desechadas por el conservadurismo de quienes llevaban las riendas de la economía. Las ideas promovidas por el Ejecutivo de Brüning fueron muy poco imaginativas. Básicamente, se quiso hacer frente a una situación completamente nueva empleando conceptos obsoletos.

La crisis tuvo consecuencias devastadoras, empezando por el desempleo. En 1932 la cifra de parados era de seis millones, según las cifras oficiales, además de otros dos millones de subempleados (Weitz, 2009, p. 115). Esto representaba alrededor del 40 % de la población activa. El pueblo alemán se vio abocado a una tercera catástrofe económica en menos de diez años. El nivel de vida de la población se desplomó, especialmente en el caso de los desempleados que solo tenían cobertura durante un año. «Demasiadas razones para morir y muy pocas para vivir» se convirtió en un eslogan frecuente que expresaba la pérdida de la esperanza de la población (Weitz, 2009, p. 117).

Con la crisis, muchos trabajadores en paro regresaron al campo y a sus regiones de origen; pero muy pocos consiguieron emplearse en la agricultura porque la mayoría habían perdido los lazos con la tierra. El coste psicológico de tantos años de penurias era incalculable y se tradujo no solo en desafección hacia el gobierno. El pueblo alemán aún recordaba la prosperidad bajo los Hohenzollern, frente a la miseria traída por la República. Muchos exigieron el castigo de los culpables, que algunos identificaban con los judíos. La Gran Depresión plantó las semillas para que el NSDAP recogiera los frutos del odio y la desesperación.

Las dificultades económicas se agravaron por la crisis bancaria, iniciada en junio de 1931. Esa «crisis gemela» (Schnabel, 2004, p. 822) comenzó con la masiva extracción de efectivo que afectó a la liquidez de los bancos privados y acabó afectando también al *Reichsbank*. La bancarrota del segundo banco alemán en importancia agravó los efectos paralizantes de la crisis. Alemania se retiró del patrón oro, la banca privada reclamaba ser rescatada con fondos públicos y hubo que negociar con los acreedores internacionales una moratoria en los pagos.

4.2. Ocaso y hundimiento de Weimar

Entre tanto, la política alemana se fragmentó en sectores prácticamente irreconciliables, incapaces de alcanzar consensos básicos. Ante la imposibilidad de alcanzar mayorías parlamentarias sólidas, el canciller Brüning gobernó a golpe de decreto. El autoritarismo y la polarización comenzaban a tomar fuerza en la joven República. Siguiendo las recomendaciones de Moscú, el Partido Comunista había vuelto a radicalizar sus posturas y, a raíz del descontento generado por la crisis económica, reforzó su atractivo en parte de la sociedad alemana. Y lo mismo ocurrió con el Partido Nazi, que había llegado

a un acuerdo con otros grupos derechistas para actuar conjuntamente, y cada vez estaba más presente en las calles y en las urnas.

Para explicar el rápido ascenso de los nazis hay que remontarse a las elecciones de 1928, donde el NSDAP solo obtuvo 12 de los 491 escaños en juego; es decir, que todavía era un partido minoritario. El auge del NSDAP comenzó tras la dimisión en 1930 del entonces canciller Hermann Muller, último canciller que gobernó apoyándose en una mayoría parlamentaria, debido a la incapacidad de la coalición gubernamental que dirigía para reconducir la crisis económica. Sus sucesores fueron designados por el presidente Hindenburg, que dio un giro autoritario amparándose en los amplísimos poderes que le otorgaba la Constitución. Hindenburg nombró canciller a Heinrich Brüning, del *Zentrum*, que gobernó a golpe de decreto hasta que a finales de 1930 se convocaron elecciones federales.

El Partido Nazi pasó entonces de 12 diputados a 107. Tras una sucesión de cancilleres, dos años después los alemanes volvieron a las urnas y el Partido Nazi arrasó con 230 escaños, si bien no alcanzó la mayoría para poder gobernar en solitario. Hitler pactó con las elites conservadoras su acceso al poder. A juicio de Ian Kershaw, «fue una alianza de intereses» y así lo explica Julián Casanova:

Hitler necesitaba romper la influencia de la camarilla alrededor de Hindenburg y las élites conservadoras necesitaban el control de las masas por parte de Hitler para lograr un retorno duradero del dominio autoritario. Los políticos conservadores creían que podrían apoyarse en esas elites conservadoras tradicionales —la burocracia y el ejército— para domesticar y controlar a los nazis (Casanova, 2011, p. 112).

Para conseguir el poder, los nazis pactaron con los conservadores tras las elecciones de 1932. El 30 de enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller tras aceptar Hindenburg un Gobierno afín a las elites conservadoras. El Partido Nazi solamente ocuparía dos puestos en el gabinete: la Cancillería por Hitler y el Ministerio de Interior por Wilhelm Frick; también se nombró a Hermann Göring como ministro sin cartera y ministro del Interior de Prusia en funciones.

Posteriormente, los nazis consiguieron deshacerse de las elites conservadoras y acabar definitivamente con la democracia parlamentaria. Es decir, que la llegada de Hitler al poder y la liquidación del sistema democrático deben entenderse como una

consecuencia directa de la crisis económica, de la polarización política y los tics autoritarios de las élites tradicionales.

Con la cancillería en sus manos, los nazis convocaron en marzo de 1933 unas elecciones del todo irregulares y utilizaron todos los mecanismos de intimidación y coacción para ganarlas. Aunque no lograron más que 288 escaños, el respaldo de otros diputados ultraderechistas le dio la mayoría suficiente para imponer su voluntad a la cámara. Aprovechando el incendio del Reichstag, del que se culpó a un joven comunista, el 24 de marzo de 1933 se aprobó la Ley para el remedio de las necesidades de Pueblo y Estado, más conocida como «la ley habilitante», que confería plenos poderes al canciller Adolf Hitler. Esta ley fue el principal soporte jurídico para suspender la Constitución de 1919 y suplantar un régimen parlamentario por otro totalitario.

Ello permitió a los nazis poner en práctica algunas de las ideas tomadas de Carl Schmitt, como la revolución conservadora, la idea del espacio vital o la ausencia de necesidad de un Gobierno asentado sobre leyes. De Jünger, adoptaron la suposición de que la desaparición del parlamentarismo beneficiaría a los trabajadores y de Spengler su concepción sobre la interpretación histórica, que defendía que la comunicación entre culturas era perniciosa y generaba una situación que era necesario solventar mediante el mandato de un líder indiscutible.

5. Conclusiones

A lo largo y ancho del presente trabajo hemos tratado de analizar la evolución de la situación política, económica y social de la República de Weimar, que hemos dividido en tres grandes etapas: los inicios turbulentos (1918-1923), la aparente estabilidad (1924-1929) y la crisis final (1930-1933).

Los inicios de la República de Weimar estuvieron marcados por una fuerte inestabilidad política, caracterizada por constantes revueltas armadas impulsadas por la extrema derecha y la extrema izquierda. También por una persistente crisis económica, agravada por la ocupación militar del Ruhr por tropas francesas y belgas, que activó un proceso hiperinflacionista que arruinó a los alemanes en 1923. Pero la República resistió gracias a la voluntad y a la determinación de las fuerzas democráticas de la Coalición de Weimar, que simultáneamente impulsaron un proyecto reformista: sufragio universal, voto femenino, prestación por desempleo, reconocimiento de la jornada de 8 horas. Ése fue el comienzo de lo que ha venido a llamarse estado asistencial por sus implicaciones en materia educativa, sanitaria y liberal. En este sentido, la República de Weimar abrió un camino que luego imitarían otros países.

Si en la primera fase del régimen resultó fundamental la figura de Friedrich Ebert, primer presidente de la República, desde agosto 1923 resultó determinante el papel de Gustav Stresemann. Canciller primero, aunque solo por espacio de cien días, y después ministro de Asuntos Exteriores hasta su muerte ocurrida a finales de 1929 intervino en las decisiones políticas más importantes tomadas durante ese periodo de tiempo. Stresemann consiguió desactivar la hiperinflación, frenar las tentativas independentistas de algunos *lander*³ impulsadas por socialdemócratas y comunistas y que las tropas francesas y belgas evacuaran Renania. También contribuyó al acercamiento franco-alemán a través del ‘espíritu de Locarno’, que Alemania fuera admitida en la Sociedad de Naciones (1926) y que se recalculara el importe a pagar por las indemnizaciones de guerra y se ofreciera a su país un plazo razonable para hacerlo (Plan Young, 1929). Fueron años de relativa calma, que no hacían presagiar lo que vendría después.

La crisis de 1929 no solo afectó gravemente a la economía alemana; también saltó a la política, cada vez más polarizada, fragmentada e inestable. La deriva autoritaria

³ Un estado federado, *land* o *lander* en plural, son las distintas entidades territoriales que componen la República de Alemania.

del gobierno, el auge imparable de los extremismos, la continua utilización de la violencia política y el apoyo de las élites conservadoras elevaron a Hitler al poder en enero de 1933.

6. Bibliografía

- ABELLÁN, J. (2019). *Nación y nacionalismo en Alemania. La «cuestión alemana» (1815-1990)*, ePublibre. Disponible en línea: https://5add1e9a-8d65-43dc-8996-2021dd50b3be.filesusr.com/ugd/ec84ca_0c833c8832bf4ce19148c4f43eff0922.pdf [Consultado el 2020/30 de abril]
- CASANOVA, J. (2011). *Europa contra Europa (1914-1945)*, Barcelona: Editorial Crítica.
- CRUSET, M. E. (2009). El Tratado de Versalles y el huevo de la serpiente. *Revista Relaciones internacionales*, 37. Disponible en línea: http://www.iri.edu.ar/revistas/revista_dvd/revistas/cd%20revista%2037/historia/37%20%20Historia.pdf [Consultado el 2020/30 de abril]
- EVANS, R. J. (2003). *La llegada del Tercer Reich*, ePublibre. Disponible en línea: https://5add1e9a-8d65-43dc-8996-2021dd50b3be.filesusr.com/ugd/ec84ca_e758743875604749a9412a7b5af8e225.pdf [Consultado el 2020/30 de abril]
- FERGUSON, A. (2012). *Cuando muere el dinero: La pesadilla de la hiperinflación en la República de Weimar*. Madrid: Alianza Editorial.
- FERNÁNDEZ, A. (2006). *Historia Universal. Edad Contemporánea*. Barcelona: Vicens Vives.
- FUENTES, J. F. y LA PARRA, E. (2001). *Historia Universal del siglo XX: De la Primera Guerra Mundial al ataque a las Torres Gemelas*. Madrid: Síntesis.
- FULBROOK, M. (2009). *Historia de Alemania*. Madrid. Akal
- GAIDO, D. (2015). Paul Levi y los orígenes del comunismo alemán: El KPD y las raíces de la política del frente único. *Izquierdas*, 22. Disponible en línea: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-50492015000100002 [Consultado el 2020/30 de abril]
- LÓPEZ OLIVA, J. O. (2010). La Constitución de Weimar y los derechos sociales. *Prolegómenos*, XIII(26), 233-243. Disponible en línea: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3698867> [Consultado el 2020/30 de abril]

- RESTREPO ZAPATA, J. D. (2018). La Constitución alemana de Weimar (1919) ¿Una utopía en medio de la crisis? Un análisis histórico a sus aspectos interventores, modernizadores y derechos sociales. *Estudios Internacionales*, 50(190). Disponible en línea: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0719-37692018000200085#fn2 [Consultado el 2020/30 de abril]
- RÜRUP, R. (1992). Génesis y fundamentos de la Constitución de Weimar. *Ayer*, 5, 125-158. Disponible en línea: https://5add1e9a-8d65-43dc-8996-2021dd50b3be.filesusr.com/ugd/ec84ca_e384a4a5b13647e19eefde4198a76be5.pdf [Consultado el 2020/30 de abril]
- SCHNABEL, I. (2004). The German Twin Crisis of 1931. *The Journal of Economic History*, 64(3), 822-871.
- TAMPKE, J.(2019). *Una distorsión histórica. La manipulación del Tratado de Versalles y el surgimiento nazi*. Madrid.Ciudadela.
- WEITZ, E. D. (2009). *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, ePublibre. Disponible en línea: https://5add1e9a-8d65-43dc-8996-2021dd50b3be.filesusr.com/ugd/ec84ca_6c1895aa892a42ca9c3912ebfaf6fa30.pdf [Consultado el 2020/30 de abril]